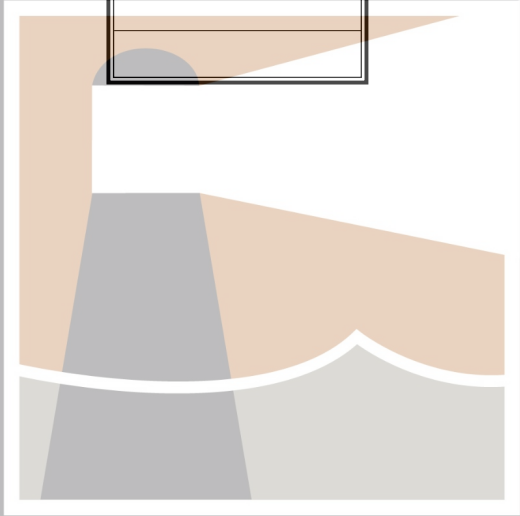




EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

COLECCIÓN

LOS CAUDILLOS

Dirigida por HERNÁN BRIENZA

*El caudillo supone la democracia,
es decir que no hay caudillo popular
sino donde el pueblo es soberano.*

—JUAN BAUTISTA ALBERDI

Esta colección intenta poner en valor la historia del pueblo americano y de los líderes que lo representaron. Son narraciones individuales, pero también colectivas. En estas páginas hablan las provincias federales.

Es la historia del país que no pudo ser.

Los autores escuchan y transcriben las voces de los derrotados, de los olvidados, de los silenciados.

De los pobres. Cuentan la vida de los caudillos.

Y, por lo tanto, narran el suceder de la malherida democracia argentina.

Víctor Hugo Robledo

Prólogo de Hernán Brienza

EL CHACHO

El más humano
de los caudillos

MAREA
EDITORIAL

COLECCIÓN
LOS CAUDILLOS

Dirección editorial: Constanza Brunet
Edición: Daniel Capalbo
Corrección: Yamila Blanco
Coordinación editorial: Florencia Acher y Debret Viana
Comunicación: Verónica Abdala
Asistencia editorial: Julieta Rojas
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

© 2026 Víctor Hugo Robledo
© 2026 Editorial Marea S.R.L.
Pasaje Rivarola 115 - Ciudad de Buenos Aires - Argentina
Tel.: (54 11) 4371-1511
marea@editorialmarea.com.ar
www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-115-0

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*
Depositado de acuerdo con la Ley 11.723.
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito
de la editorial.

Robledo, Víctor Hugo

El Chacho : el más humano de los caudillos / Víctor Hugo
Robledo ; Prólogo de Hernán Brienza. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2026.

304 p. ; 22 x 14 cm. - (Pasado Imperfecto / Hernán Brienza ;
Los Caudillos)

ISBN 978-987-823-115-0

1. Historia Argentina. 2. Guerras de la Independencia. I.
Brienza, Hernán, prolog. II. Título.

CDD 982

I

Tragedia en Los Llanos

I

ATARDECER DEL DÍA 11 DE NOVIEMBRE DE 1863 EN LA CHIMENEA, paraje situado en una quebrada que media entre los pequeños poblados de Solca y Olta, Costa Baja de Los Llanos, sur de la provincia de La Rioja. El nombre del lugar, que proviene seguramente de la lengua nativa, como todos los que lo circundan, se ha españolizado con los siglos, pues ahí no hay nada que parezca una chimenea artificial o natural, excepto las de los fogones de algunas de las casas-rancho que habitan los lugareños.

Una intensa y bendecida llovizna moja el sediento valle de montañas bajas que integran el sistema de serranías, donde la sequía es una constante durante casi todo el año. Entre el puñado de viviendas que componen esta comunidad, está la de la familia Guardia, cuyos integrantes trabajan en la cría de ganado caprino, poseen algunas pocas vacas, que deambulan por las sierras en busca de pastos y agua, y escasos caballos y mulas que esperan en los corrales contiguos su turno para el transporte de hombres y de cosas.

Entre los miembros de esta familia se destaca una mujer de nombre Rosa, a la que llaman “Lonjita” por su aspecto delgado, pero también se la conoce como “Ligerita” por su rápido andar y trajinar. Ella cuenta 29 años de vida para entonces, ya que seis años después el primer Censo Nacional la encontraría analfabeta, de profesión hilandera, 35 años de edad, casada y con algunos hijos.

Desde su rancho se pueden ver las montañas, y se destaca el telar a la sombra de un añoso árbol, donde entrelaza los hilos

que se convierten en telas y prendas para distintos usos de la familia. El excedente se cambia por alimentos y objetos de la zona, o por aquellos que traen los viajeros para vender o trocar, como yerba y azúcar, indispensables para el mate cotidiano.

En esa misma dirección, siguiendo el declive natural de la montaña, la vista puede encontrar la senda ancestral que une los poblados cercanos y más distanciados de la Sierra de Los Llanos, custodiada por arbustos, quebrachos y algarrobos.

Mientras la olla de hierro, ennegrecida por las maderas quemadas por siglos, hierve cociendo el maíz para la cena, los ladridos de los perros avisan la presencia de extraños. Al acercarse entre los matorrales, Rosa puede ver a los intrusos y escuchar palabras que jamás olvidaría. Se trata de una partida de soldados que acampa en el lugar. Los reconoce por sus uniformes y sabe cuál es su objetivo. El que los comanda es un conocido de estos parajes, el joven capitán Ricardo Vera, años después ascendido a coronel. También puede divisar, a un costado, algunos prisioneros tomados, vaya a saber dónde y en qué circunstancias. Rosa sabe también que el Chacho, como llaman al general Ángel Vicente Peñaloza, está por la zona. Viene con un puñado de leales en retirada desde San Juan, donde ha sido sorprendido, mientras acampaba con sus fuerzas en el poblado de Caucete, por las del sargento mayor Pablo Irrazábal, quien opera bajo las órdenes del director de Guerra contra La Rioja, el gobernador de aquella provincia, Domingo Faustino Sarmiento, designado por el presidente Bartolomé Mitre.

La mujer sabía que tenía que avisar urgente a quien reconocía como su líder, pero no pudo salir a galope como hubiera querido, porque sería oída por los soldados. El único modo era esperar que oscureciera para internarse en el monte y caminar las decenas de kilómetros que la separaban del punto donde tal vez se encontraba el general de Los Llanos.

Cuando la oscuridad ganó la zona, Rosa se introdujo en la espesura, siguiendo la huella que los miembros de su familia usaban como atajo para acortar el trayecto hacia el poblado de

Olta. De madrugada, por información de pobladores leales, fue obteniendo datos de dónde podía hallarse y, con las primeras luces del 12 de noviembre, empapada por la garúa y con el rostro demacrado por el cansancio, pidió a los gauchos de los puestos de vigilancia chachista que la llevaran ante el general, pues tenía información valiosa para darle.

La condujeron a un rancho del caserío de Loma Blanca, a escasos kilómetros de Olta, propiedad de Felipe Oros, amigo y compadre del caudillo. La agotada mujer sería conducida ante la presencia del general Peñaloza, quien se encontraba sentado en un catre de madera y tiento, sorbiendo un mate. La mujer le suplicó que huya, que escape lo más pronto posible, porque había visto y escuchado a sus enemigos que venían a tomarlo. El Chacho le pidió tranquilidad y detalles sobre lo que había visto:

—¿Cuántos hombres forman la partida? ¿Quién viene a la cabeza?

Rosa explicó lo que había presenciado. El caudillo le agradeció el gesto y le dijo que no se preocupara, que tomaría las medidas para neutralizar a sus enemigos, que hablaría con el capitán Vera, al que conocía por ser vecinos en sus pueblos. Rosa volvió a insistir:

—Huya, huya, mi general.

Pero el caudillo, con el rostro cansado y con una leve sonrisa, le pidió de nuevo tranquilidad; le repitió que no tenía de qué preocuparse.

II

La llegada del general Ángel Vicente Peñaloza y su séquito hacia el rancho donde moraba la familia de Felipe Oros, en el caserío de Loma Blanca, se había dado durante la jornada previa al arribo de Rosa Guardia, es decir, el 11 de noviembre del año 1863. Una testigo presencial de aquellos acontecimientos daría testimonio de este hecho en 1925. La mujer, originaria de Los

Llanos, había migrado para radicarse en la capital de La Rioja, donde había formado familia, y ahí la encontraría un periodista de la ciudad de Rosario, Ricardo Caballero, un médico que había llegado a ser vicegobernador de Santa Fe en las elecciones de 1912 y luego diputado y senador nacional por su provincia. Al dejar sus cargos, con algunas inquietudes intelectuales y vocación de cronista, decidió viajar al interior del país para conocer y tomar contacto con algunas situaciones e historias que merecían contarse.

Caballero llegó en tren a la provincia para buscar alguna nota curiosa. Al enterarse de la existencia de esta mujer, se interesó por conocer de primera mano aquellos acontecimientos que habían marcado a fuego la vida de los riojanos, cuyas noticias se habían desparramado a todo el país, narradas por destacados escritores como José Hernández y el propio Domingo Faustino Sarmiento.

El cronista, que publicaría un artículo titulado “Páginas literarias del último caudillo”, definiría a su entrevistada, sin nombrarla, como una viejecita simpática, de mirada lúcida y de admirable memoria, y agregaría que recordaba las últimas horas de vida del Chacho, pues ella trabajaba en la casa de Oros. La testigo relató cómo el caudillo arribó al lugar:

Entre un grupo de sus soldados, sonriendo tristemente ante la adversidad, apareció el General. Lo escoltaban fieros y bravíos llaneros de mirada osca, gauchos del Curato de Minas, del Curato de Pocho (Departamentos de Traslasierra, Córdoba), con sus aperos pintorescos, ricos, de plata, montados en caballos sudorosos y piafantes todavía. El general se detuvo bajo un algarrobo que existe aún y antes de desmontarse dio orden de dispersión a la heroica tropa que lo acompañaba. La señora del general, la Victoria Chacha, se aproximó con nosotros hasta rodearlo en la silla de cuero donde él había tomado asiento tranquilo y lento como si presintiera su fatal destino.

A continuación, la anciana le haría una descripción del líder de la montonera:

Vestía el Chacho una chaqueta de paño negro, bordada primorosamente, una vincha roja contenía su larga cabellera; el chiripá hecho con un hermoso poncho listado, que estaba sujeto con un cinto angosto, de él pendía el puñal cabo de oro, su única arma. No pronunció una palabra, ni respondió el abrazo trémulo de su compañera. Me aproximaba yo con un mate que me ordenaron servirle, cuando se divisaron las fuerzas de Ricardo Vera. Era una partida conformada por veinticinco hombres. A ella se entregó el General, alcanzando al oficial que la mandaba su legendario puñal en señal de rendición.

Con los ojos llenos de lágrimas, la mujer continuó su narración, y muchas veces tuvo que detenerse, embargada por la emoción de los recuerdos que le traían aquellos angustiosos momentos. Como si la historia de Los Llanos de La Rioja pasara por sus cansados ojos, también la entrevistada le refirió que su madre había sido la tejedora del general Juan Facundo Quiroga (Bravo Tedín, 2015: 102, 103).

Peñaloza venía acompañado por una decena de gauchos, y en la casa de los Oros lo esperaba su esposa, Victoria Romero, acompañada de su hijo adoptivo, Indalecio, de quince años.

III

Pedro Delheye era un anheloso intelectual, “abogado provincial”, título otorgado por los jueces de tribunales riojanos. Nacido en Dolores, Buenos Aires, en octubre de 1863, se estableció en La Rioja convocado por el joven gobernador de la provincia, Joaquín V. González, condiscípulo en la Universidad de Córdoba, donde comenzaría a desempeñar otra de sus pasiones:

el periodismo. Fue de gran ayuda para González, principalmente en el ámbito cultural. Entre las actividades de interés, había lanzado en 1889 la *Revista de la Biblioteca* (Bazán, 1982: 104).

Durante ese año, interesado por la historia riojana, Delheye escribiría al ascendido coronel Ricardo Vera, radicado en Malanzán, Costa Alta de Los Llanos, para que diera su versión del asesinato del Chacho, ya que había sido uno de los principales protagonistas del fatal acontecimiento y ante las acusaciones que se le hacían en una reciente publicación (*Efemérides Americanas*, de Pedro Rivas), de haber sido el autor material del infausto suceso.

Ricardo Vera había nacido en Tama, Los Llanos de La Rioja, en 1835. Su primera esposa, Veneranda Ocampo Peñaloza, de la que enviudó a pocos años, era pariente del Chacho, de ahí la relación que los unía antes de que se desatara la tragedia. Luego se casaría con Teodosia Fernández Tello, pariente de Dolores Fernández, esposa de Facundo Quiroga (Robledo, 2016: 105). Delheye invitaba a Vera a realizar su descargo de los hechos. Este le respondería en carta del 12 de febrero de 1890; meses después, el 1.º de julio, moriría. Vera dijo:

En el año 1863, después del combate de Cauçete entre las fuerzas de Peñaloza y la división nacional que mandaba el sargento mayor Pablo Irrazábal, en el cual las primeras fueron derrotadas, el entonces coronel y actual general don José Miguel Arredondo —jefe superior de las fuerzas nacionales expedicionarias contra las montoneras— desprendió en persecución de Peñaloza una división al mando del mismo sargento mayor Pablo Irrazábal, en la cual yo venía como jefe de vanguardia.

Esta división a marcha forzada se dirigió a Los Llanos de la provincia y en uno de los días del mes de noviembre, cuya fecha no recuerdo con precisión, se dio alcance a los fugitivos en Olta, donde Peñaloza acababa de hacer campamento general para reunir y organizar nuevamente sus fuerzas deshechas en el combate de Cauçete.

La sorpresa fue completa, pues nuestras fuerzas, favorecidas por una lluvia fina que caía en aquel día, pudieron descender desde la montaña a la población de Olta sin ser sentidas por el enemigo. A mí, como jefe de la vanguardia, cúpome el primer puesto en el ataque, que fue llevado [...] a mis órdenes con la rapidez y la energía que el caso requería.

Llegar a gran galope, rodear la casa donde estaba acampado el general Peñaloza y la fuerza que lo acompañaba fue obra de un instante, quedando todos detenidos por el cerco de soldados en la casa aquella.

Yo mismo, que llegué de los primeros, fui quien personalmente intimé rendición al general Peñaloza, que a la sazón se encontraba sentado en un catre y con un mate en la mano.

El general ni los suyos hicieron resistencia alguna, entregándose presos en el acto con excepción de los pocos que pudieron huir por la huerta y en dirección al monte.

Recuerdo, como si hoy mismo hubiera sucedido, que, a mi intimación de rendirse, el general contestó más o menos en estos términos: “Estoy rendido”, y me pasó su puñal, que era la única arma que tenía en ese momento.

Después de tranquilizarlo con las palabras más comedidas, púsele centinelas de vista, enviando el parte de lo ocurrido a mi jefe superior, el sargento mayor Irrazábal, que aún no había llegado, porque con el grueso de la división venía media legua más atrás. Una hora después, el sargento mayor llegaba de galope a la casa donde yo mantenía preso al legendario caudillo de las montoneras riojanas (Delheye, 1912: 10, 17).

IV

El capitán Vera, desde Loma Blanca, enviaría un parte a Irrazábal con el chasque Regalado Ocampo, que decía que el Chacho estaba prisionero, lo que exaltó el ánimo del sargento mayor, quien, a pesar del triunfo en Caucete, no había podido poner las manos

ÍNDICE

9	Prólogo El asesinato del Chacho: un crimen sistémico
15	1. Tragedia en Los Llanos
26	2. El ensañamiento
39	3. Conflictivos orígenes
51	4. La Rioja, Los Llanos, Guaja y Facundo
63	5. Con Facundo contra Rivadavia y Lamadrid
73	6. Con Facundo contra la Liga Unitaria
82	7. Barranca Yaco y lucha por la sucesión
92	8. Contra Rosas
107	9. Exilio, regreso y lucha
124	10. Salvaje Chacho, salvajes compañeros
139	11. Hacia Los Llanos
149	12. El desenlace
162	13. Tiempo de regreso, entreveros y acuerdos
173	14. Paz y revolución
185	15. En defensa del gobierno revolucionario
195	16. Tiempo de cambios
205	17. La guerra por la dignidad
216	18. La invasión de la crueldad
228	19. El gran engaño

- 240 **20.** Conspiraciones y fin de la paz
252 **21.** Guerra abierta
262 **22.** La lucha como única opción
274 **23.** La vida por la causa

288 **Epílogo**

291 **Bibliografía**



Esta edición de
El Chacho
se terminó de imprimir en
Buenos Aires Print,
Presidente Sarmiento 459, Lanús,
en el mes de abril de 2026.

A 50 años del golpe cívico militar, seguimos diciendo:
Memoria, Verdad y Justicia.

MAREA
EDITORIAL